

MACHILUWN

UNA DANZA ARAUCANA

CARLOS ISAMITT

SANTIAGO DE CHILE

UN día en que la tibieza del sol parecía llenar el espacio, en que las cosas se habían tornado risueñas en la intimidad luminosa, en que el poderoso y sombrío contraste natural de los bosques y montañas cercanas se había dulcificado en verde y azul, fuí invitado por un amigo indígena a un *machiluwn* ⁽¹⁾. Con un poco de imaginación será posible, tal vez, acompañarme por esos senderitos tortuosos y desconocidos de bosques araucanos, de quilas y canelos, de laureles y de robles gigantes, hasta una *ruka* ⁽²⁾ grande donde vive la *machi* ⁽³⁾ que ofrece el *machiluwn*. Con esta ceremonia, la nueva *machi* va a inaugurar su función social de curandera.

Hombres y mujeres mapuches ⁽⁴⁾, en grupos de a pie, montados en caballos de pelaje generalmente manchado, en carretas pequeñas, con pintorescos conjuntos de mujeres sentadas, mocetones fornidos llevando *trutrukas* ⁽⁵⁾, se dirigen lentamente hacia la gran *ruka* humeante. Pisadas de caballos, chillidos de carretas resuenan en los bosques, salpicados por las notas estridentes de *pitios* ⁽⁶⁾, tordos y *trekaus* ⁽⁷⁾ y como un suave rezongo misterioso, el aliento de los follajes removidos por la insistencia del viento helado del Sur. Centenas de invitados rodean la *ruka*, formando largas hileras separadas. En el centro, plantadas cuatro estacas de canelo, formando un espacio rectangular de cuatro metros de largo por más o menos dos de ancho.

(1) Ceremonia con que una nueva *machi* inaugura su profesión.

(2) Choza de los araucanos.

(3) Machi significa en araucano médica. El papel de la *machi* es similar al del *medicinman* de los indios norteamericanos y al del *pagé* de los grupos tupy-guarany.

(4) Mapuche es sinónimo de araucano.

(5) Véase el estudio de CARLOS ISAMITT sobre este instrumento en el *Boletín Latino-Americano de Música*, Tomo I, Montevideo, 1935, págs. 43-46. (Nota de la Dirección).

(6) Pájaro de la región.

(7) Loro amarillo.

En los dos extremos al lado de las estacas, cuatro machis viejas con sus respectivos *kultrunes* ⁽⁸⁾: las entrenadoras o maestras de la machi debutante. Alrededor, mujeres sentadas sobre el suelo en ponchos coloreados y más atrás los hombres, sobre grandes troncos de roble, con *lamas* ⁽⁹⁾, *macuñ* ⁽¹⁰⁾ y otros tejidos acusadores de la habilidad indígena.

En uno de estos troncos, el marido de la machi novicia coloca un bellissimo *choapino* ⁽¹¹⁾ y me invita a sentarme para que pueda presenciar desde allí el desarrollo del machiluwñ. Este mocetón, alto y delgado, más bien rubio que moreno, los pantalones llenos de parches, con girones colgantes y a pesar de todo no exento de cierta nobleza en su actitud y aire de dominio, contrastan con la apariencia de los invitados: limpios y vestidos con atavíos de fiesta. Los que aún vienen llegando, permanecen a cierta distancia en sus cabalgaduras o en sus carretas, cumpliendo así una regla característica de la vida entre los mapuches, que no permite penetrar en un recinto ajeno sin ser invitados personalmente. Cuando los dueños de casa van a saludarles, dejan allí sus cabalgaduras y vienen a tomar la colocación que se les indica.

El conjunto reunido es ya una pintoresca animación de hombres y mujeres, en que juegan los contrastes de amarillos, rojos, negros y blancos del arte de sus tejidos; con los rostros de volúmenes acusados, de pómulos salientes, de bocas carnosas sombreadas por bigotes ralos; de narices rectas, cejas abundantes; de indios fornidos; con esa expresión tan seria, mezcla de curiosidad infantil y de tristeza; con las actitudes hieráticas de las mujeres, la coquetería de sus adornos de cintas de colores vivos, el brillo de las platerías que llevan en sus cabezas, en sus *chamales* y *eküllas* ⁽¹²⁾ que cubren sus cuerpos robustos, y más al fondo el acompañamiento que surge de los grupos de carretas, bueyes, caballos, de las zonas verdoso-oscuros de los bosques y de la humareda azuleja de las colinas montañosas que aparecen más distantes.


⁽⁸⁾ Tambor mágico de las machis, empleado principalmente en las ceremonias de su profesión.


⁽⁹⁾ Tejido que colocan sobre las monturas, de bellos dibujos ornamentales.

⁽¹⁰⁾ Mantas con hermosos dibujos característicos.

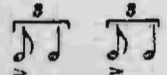
⁽¹¹⁾ Manta parecida a la anterior.

⁽¹²⁾ Mantos de las mujeres.

Algunos familiares, acompañando a los dueños de la ruka, reparten a los invitados carne asada de ternera, cordero y caballo. La carne, alimento de lujo para el indio, no puede faltar nunca en sus festividades o ceremonias colectivas. En uno de los extremos, entre las dos estacas de canela en que permanecen sentadas dos machis entrenadoras viene a sentarse entre ellas, en una banco de madera, la machi novicia, sobresaliendo su figura por encima del nivel de las demás. El silencio se ha hecho repentinamente algo solemne y extraño. Entonces una de las machis viejas, sin cambiar de sitio, toma su kultrun y percute con ritmo lento, sin acentuaciones: 

Luego, una trutruka irrumpe con fuerza: 

A los ritmos del kultrun, la machi une un canto de invocación. Otra de las entrenadoras sigue luego en su instrumento el mismo ritmo de la primera y la misma canción, como en canon. Por algunos momentos, las voces de las machis alcanzan a crear cierto ambiente de sentido mágico-religioso. Los demás concurrentes permanecen atentos y en silencio. Repentinamente, las dos machis viejas y la novicia, se levantan, iniciando en sus kultrunes un ritmo nuevo, más


movido:  y acentuando el primer golpe del tiempo,

comienzan a moverse, danzando y entonando un nuevo canto. Simultáneamente, las otras dos machis entrenadoras, en el extremo opuesto, se ponen de pie y comienzan, una después de otra, el ritmo y el canto inicial.


La machi debutante empieza entonces a danzar en el espacio comprendido entre las cuatro estacas de canelo. Las machis viejas se mantienen en ambos extremos, mientras las trutrukas, *piñülkas* ⁽¹³⁾ y *tolkiñ* ⁽¹⁴⁾ tocadas por los hombres se unen al conjunto y lo avivan.

⁽¹³⁾ Véase el estudio de CARLOS ISAMITT: *Cuatro instrumentos musicales araucanos*, en el *Boletín Latino-Americano de Música*, Tomo III, Montevideo, 1937, pág. 55-56. (Nota de la Dirección).

⁽¹⁴⁾ Id.

Una de las acompañantes de la joven machi interrumpe su toque con un nuevo ritmo, más inquieto, en tresillos:  y dan-

zando siempre se abraza a una de las estacas extremas que terminan en ramas verdes. La remece mirando fijamente hacia arriba como invocando al espíritu de *Nenechen* ⁽¹⁵⁾ para que éste descienda hasta allí por entre las hojas y las ramas del árbol sagrado. Los hombres ayudantes que tocan instrumentos, dan gritos largos: yaaa!... yaaa!... La otra machi entrenadora hace lo mismo que su vecina: se abraza también a la estaca donde ella ha permanecido. Cuatro veces se repite esto mismo mientras que la joven machi continúa danzando en el centro del rectángulo, como embriagada en sus propios movimientos, la vista hacia abajo y concentrada enteramente al extraño ritual. Al terminar la cuarta vuelta entre las estacas, las dos machis primeras

tocan con fuerza un ritmo inquietante: 

y con él efectúan movimientos de danza más vivos.

A los primeros pasos de saltitos de avance con los dos pies, el torso inclinado hacia adelante, la machi novicia opone hora saltos más violentos, con movimientos descendentes de los hombros y torsión del torso a ambos lados. Pero un nuevo elemento viene a agregar mayor significación: los hombres comienzan también a circular, danzando alrededor de las machis. Toques de trutucas y de lolkiñ se suceden canónicamente en simultaneidad con el canto de las machis, y las notas agudas de pifülkas de las parejas de hombres que danzan al ritmo de sus toques y de vez en vez el timbre agudo del lolkiñ domina sobre la extraña heterofonía total.

De improviso, la machi joven, abandonando el espacio en que ha permanecido danzando, se dirige como iluminada hacia el *rehue* ⁽¹⁶⁾, colocado frente a la puerta de la ruka. Aprovechando la animación desencadenada dejo el asiento y me coloco al lado del tronco de un enorme roble del bosque y disimuladamente consigo hacer algunas anotaciones, sin que las machis pudieran advertirlo, ya que nada semejante es permitido a extraños. Toda la polifonía de voces, de

⁽¹⁵⁾ Deidad máxima, Señor del Mundo; una especie de Demiurgo, muy parecido al Wirakocha de la religión keshwa y aymara del antiguo Tahuantinsuyo.

⁽¹⁶⁾ Escala sagrada, totem.

sonidos de instrumentos, de gritos de los hombres, de ruidos producidos en la agitación de los movimientos mismos, adquiere un mayor grado de elocuencia y de acentuación cuando la joven machi comienza a subir los peldaños del rehue, danzando siempre y tocando su kultrun. Ascendiendo, sus pasos de danza son sólo pequeños movimientos del cuerpo y de los pies que llevan el ritmo percutido en su propio instrumento. Todos los acompañantes e invitados se mueven ahora alrededor, como poseídos. Uno de los hombres permanece al lado del rehue, atento a los movimientos de la machi que asciende. Cuando ésta se va acercando a los últimos descansos, que son los grados sexto y séptimo del rehue, y cuya terminación es una cabeza humana tallada muy sintéticamente, sus movimientos se hacen cada vez más vivos. Al alcanzar el último peldaño, toda la animación estalla delirante, los gritos son emocionantes de ansiedad, cuando la joven, tomándose de las tres copas verdes de los canelos plantados detrás del rehue, que lo sobrepasan en altura, los remueve fervorosamente, como en una súplica ardiente. Estallan exclamaciones violentas, salvajemente largas de los hombres: eul... eul... eul... yaaa!... yaaa!... yaaa!... Las machis viejas se agitan como enloquecidas, sus pasos de danza son ahora saltos felinos acompañados de movimientos descendentes de los hombros y torsiones continuas del torso hacia los costados.

La joven machi ha dejado de mover sus brazos, permaneciendo como en éxtasis, en trance, abrazada a las ramas de canelo. Es el momento impresionante en que la multitud presiente que el espíritu de *Nenechen* ha llegado hasta ella y le ha revelado algo trascendente. La ceremonia ha alcanzado su climax. La intensidad de la tensión nerviosa de la joven machi, avivada por toda la agitación sugestionadora del ambiente, le hace cerrar los ojos y cae desmayada. El hombre que ha seguido atento al lado de la escala sagrada la recibe en sus brazos robustos y la lleva en dirección a su puesto inicial. Sin dejar de danzar, va preguntándole insistentemente al oído, para conocer la revelación que ella ha recibido durante su trance. La agitación colectiva continúa. Las machis entrenadoras, cantando y danzando se acercan a la joven y le interrogan ansiosamente. Al llegar al sitio de las estacas de canelo, ella abre los ojos y confiesa al ayudante la revelación que recibiera de *Nenechen*. El hombre la transmite, gritando a la multitud, mientras la joven, danzando nuevamente, se dirige al banco que ocupara al comenzar.

Las viejas machis vuelven de nuevo a sus respectivos asientos y toda la efervescencia desatada de gritos, movimientos y música cesa de improviso. Solamente el kultrun de la joven machi, ya consagrada por revelación de Nenechen, resuena con lentitud, sin acentuaciones, como un latido impresionante: ♪ ♪ ♪

La ceremonia ha durado la mañana entera. El sol reverbera sobre las cosas, juega alegremente con sus contrastes de tibieza y frescura penumbrosa entre los rostros sombríos de estos hombres y mujeres de almas amedrentadas. Entonces, mientras la multitud, en silencio, va tomando su colocación inicial, comienzo a alejarme por entre el bosque circundante. Al mirar hacia atrás, resalta la gran ruka envuelta en la humareda de los fuegos que preparan alimentos. Algunos hombres y mujeres me siguen con los ojos, con la extrañeza de intuir quizás un alma distinta y distante de sus exaltaciones más íntimas.

Santiago de Chile, Marzo de 1944

CARLOS ISAMITT